

# ¡GOL!

—Y... ¡sí! Vas a necesitar Su ayuda ahí fuera, hijo.

La voz paternal hizo que Cristóbal Cruz, de once años, levantara la cabeza y abriera los ojos. Sonriendo, se encontraba allí de pie el gran Patricio Bravo, sabio y astuto celador de la escuela.

Cris se sonrojó. Justo estaba haciendo una oración mientras jugueteaba con su pequeña cruz dorada. Faltaban apenas 15 minutos para que comenzara el juego, pero el vestuario seguía sin gente; el resto de los chicos del equipo de fútbol del colegio San Agustín estaban al otro lado de la cancha recibiendo el aliento de amigos y parientes. Cris tenía pocos amigos y, por ser huérfano, tampoco tenía parientes.

—Y viniendo de Él es el mejor ánimo que puedes recibir —siguió diciéndole Patricio, como si le estuviera leyendo la mente.

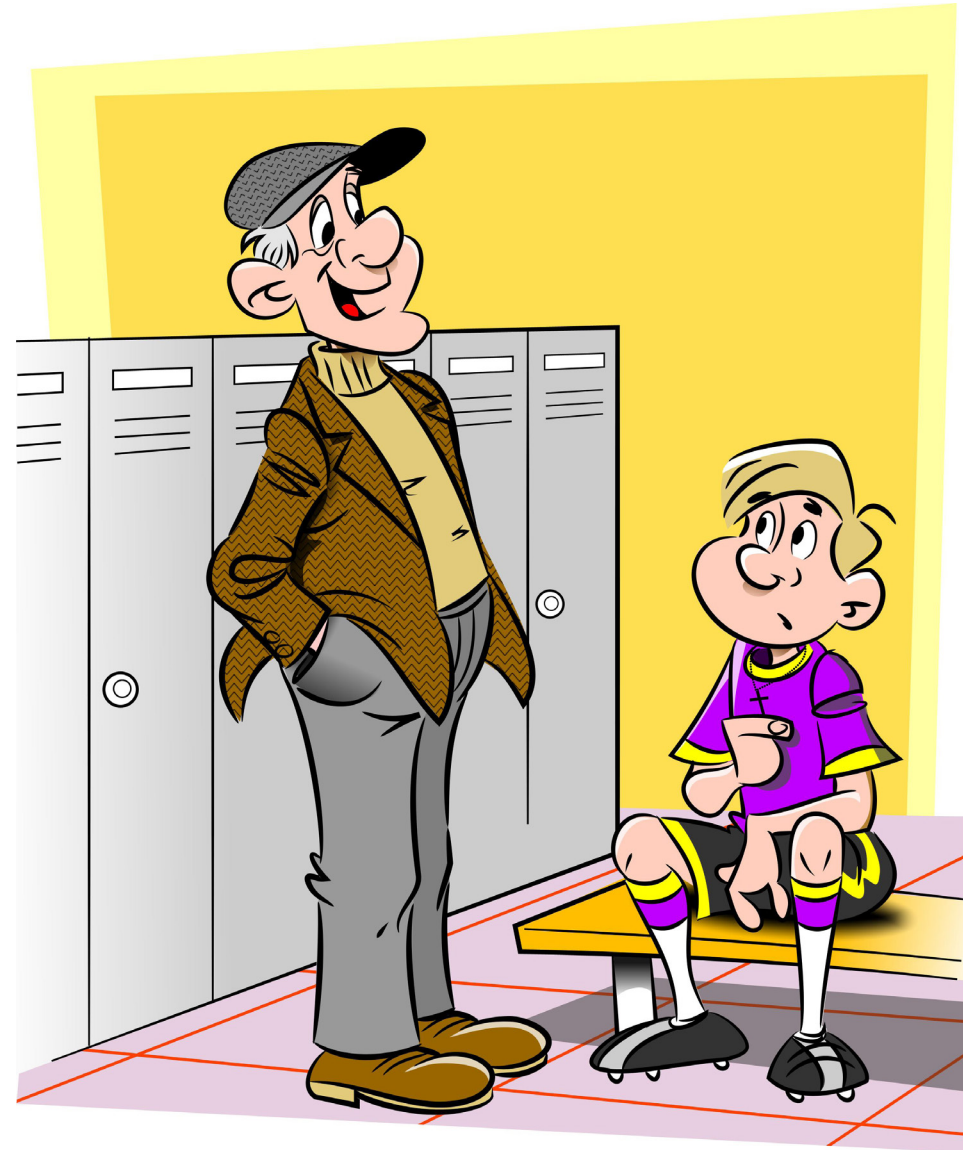
Sonriendo tímidamente, Cris asintió.

—Bien, ya no interrumpo más tu meditación. Solo voy a pasar el trapo rápidamente y me voy.

En el instante en que Pat se fue por la puerta del costado, la puerta principal se abrió pues entraba un grupo de muchachos parloteando, liderado por un chico de 12 años, alto, de cabello oscuro. Se paró al lado de Cris y, guiñándole el ojo, le sonrió amigablemente.

Pedro Lozano. A Cris le caía bien y lo admiraba mucho, y parecía que a Pedro le caía bien Cris. Pero cualquier intento de empezar una amistad era empañado por la preocupación de lo que pensarían los demás. Pedro tenía todo lo que a Cris le faltaba: era alto, guapo y popular. Cris por ser bajito, reservado y poco agraciado, no tenía posibilidades de formar parte del club de Pedro Lozano. Pero que le guiñara el ojo le dio bastante seguridad y Cris se levantó, respiró hondo, y sonrió.

—¿Listo para enfrentar a los del Deportivo, Pedro? —preguntó uno de los muchachos.



—¡Con la ayuda de Cris, sí! —dijo, pero algunos de los chicos rieron socarronamente.

—Lo digo en serio —dijo Pedro. Se volvió hacia Cris—. Me armarás bien las jugadas, ¿verdad? —le dijo en voz baja.

—Lo intentaré —dijo Cris con una sonrisa.



Como solía ocurrir normalmente durante un fin de semana de fútbol en invierno, nubes negras se acumularon sobre el cielo y se descargaron sobre la cancha, convirtiéndola en una mezcla de barro con pasto. Sin embargo, el clima no logró bajar el entusiasmo de los participantes por su sagrado juego, como quedó demostrado por las ovaciones de los espectadores y los gritos de aprobación o disgusto de los jugadores por cada buen o mal pase.

—¿Está ella ahí?

Habían pasado cinco minutos desde que comenzó el juego y Cris buscaba atentamente entre la multitud.

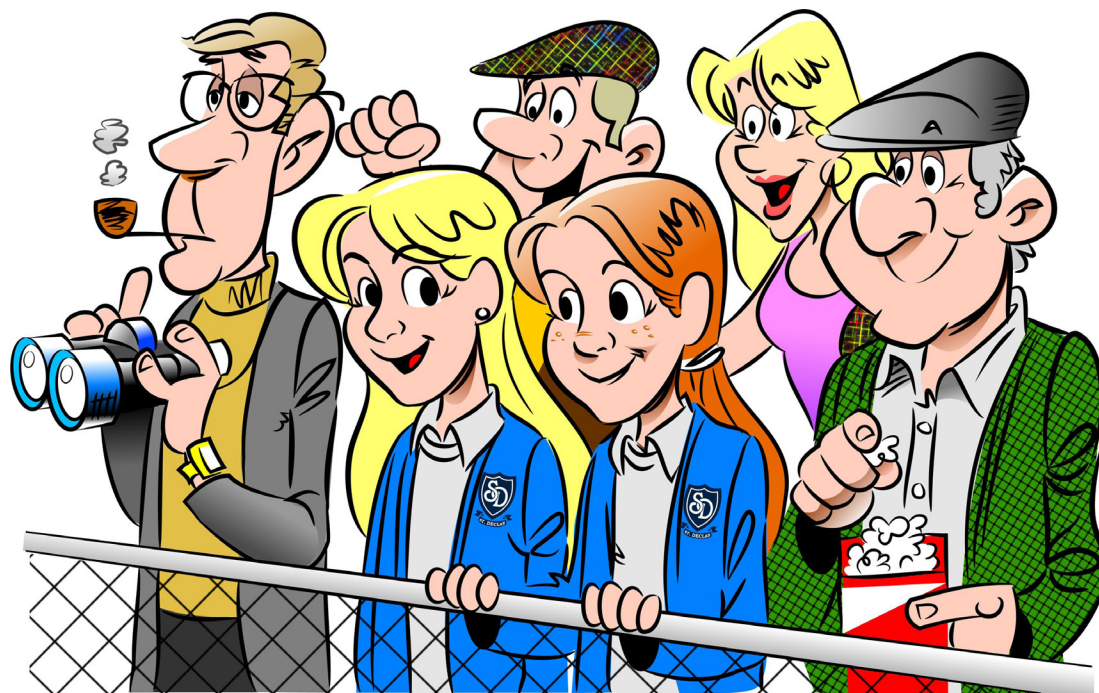
—¡Sí! En la grada del medio, cerca del alambrado.

Acababa de hacerle un pase muy bueno a Pedro Lozano, quien lo convirtió en gol. Pedro disfrutaba de las demostraciones de aprecio de sus compañeros de equipo, mientras que Cris buscaba la aprobación de la

—Bueno, amigos, llegó el día que todos esperábamos —anunció una voz fuerte que silenció todo el murmullo—. ¡Yo y toda la gente ahí afuera esperamos lo mejor!

Ante la puerta, vistiendo un llamativo chándal (buzo) y zapatillas de deporte, se encontraba el cuarentón Emilio Martínez, el enjuto y fuerte entrenador del equipo de fútbol del colegio San Agustín. Se pasó los dedos por su cabellera rubia y bien peinada, le sonrió a Pedro y con el brazo sobre sus hombros, le dijo:

—Especialmente de *ti*, hijo. Hasta ahora no nos has decepcionado. Y si te sirve de aliento, mi hija estará en primera fila, mirándote jugar —le comentó en un susurro antes de hablarle al resto del equipo—. ¡Muy bien! ¡Salgan y den lo mejor de ustedes, muchachos!



doceañera Alicia Martínez, una niña pelirroja, pálida y diminuta del segundo año del San Agustín.

—Seguro que no lo vio —pensó Cris, al ver que su atención no estaba ni en él ni en Pedro Lozano siquiera, sino en la entusiasta conversación que sostenía con su amiga.

—Pero esto no va a impedir que ponga todo mi empeño en este juego —resolvió Cris, y durante el resto del partido, se concentró en crear las mejores jugadas para permitirle a Pedro Lozano los mejores tiros, lo cual resultó en un éxito rotundo contra el equipo del Deportivo.



—¡Bravo, Pedro!

—Sí, Pedro, estuviste fantástico. ¿Estás pensando en dedicarte al fútbol?

—Deberías, Pedro. Ese tiro que hiciste luego del pase que el chico este que no sé cómo se llama te hizo al comienzo del segundo tiempo fue impresionante.

—Yo también lo vi, Roberto. ¡Le comentaba a mi esposa que tenemos al próximo Pelé en el joven Pedro!

—Es cierto, eres increíble, Pedro.

—¡Gracias! —balbuceó Pedro, mientras disfrutaba de la adulación que lo invadió en el pabellón donde los jugadores se reunieron con sus padres, parientes y amigos, y por supuesto, con el entrenador, Emilio Martínez.

—¡Mi hija se fijó en cada tiro! —dijo Martínez guiñando el ojo.

—Y también cada pase, papá —agregó Alicia.

—¿Pase?

Alicia Martínez tomó un sorbo de su gaseosa y sonrió tímidamente.

—El fútbol no es precisamente lo mío, ya lo sabes.

—Estoy muy consciente de eso, hijita —dijo su padre. Bajan-

do la voz le sonrió a Pedro y le dijo—: Un ratón de biblioteca, como su madre. Yo espero que algún día se interese en este deporte.

—¿A qué te refieres, Alicia, cuando dices «cada pase»? —preguntó Pedro.

—Yo no sé mucho del juego —dijo—, pero como espectadora, me parece que este chico, como sea que se llame...

Le dirigió una mirada inquisidora a Cris, quien vacilaba delante del resto del equipo.

—Me parece que Cris fue el responsable de la mayoría de los goles —prosiguió Alicia.

—¿Lo notaste? —preguntó Cris, sorprendido de ver que aunque aparentemente ella no sabía mucho de fútbol, se hubiera dado cuenta de eso.

—Sí. Se lo mencionaba a mi amiga María cada vez que lo hacías.



—No fue exactamente así —dijo Pedro—. La mayoría de las veces yo conseguí la pelota y metí el gol.

Encogiendo los hombros, Alicia dijo:

—No sé. Lo único que sé es que si no hubiera sido por Cristóbal, tu equipo hubiera perdido y punto —dijo sonrojándose.

Al notar la reacción de asombro de Pedro Lozano, Emilio Martínez puso su brazo sobre el hombro de su hija e invitó a todos a la cantina a tomar unos refrescos.

—Sea como sea —dijo, con una risita condescendiente—. Debemos asegurarnos de que Pedro y todos estemos listos para la final provincial ¡Jugaremos contra el Sporting!



Tres semanas más tarde llegó aquel día, y los jugadores estaban de lo más agradecidos por ser un día soleado.

—¡Seguramente es el Señor que los está bendiciendo! —dijo Patricio Bravo, con trapeador (fregona) en mano, mientras acompañaba a Pedro Lozano y su equipo a los vestuarios.

—Supongo... —dijo Pedro.

—¿Te comieron la lengua los ratones, hijo?

Pedro resopló y revoleando la mirada, dijo:

—Ya les mostraré.

—¿Mostrarles qué?

—Nada.

Cris, que ya estaba en el vestuario pues acostumbraba hacer su pequeña vigilia previa a cada partido, se estaba atando los cordones

de sus tacos (botines) cuando llegó el equipo. Le dirigió una mirada expectante a Pedro, pero no recibió respuesta.

Aunque se sentían incómodos por el silencio adusto de Pedro, los demás muchachos se cambiaron sabiendo que lo mejor era no decirle nada sobre su actitud. Hasta el entrenador Martínez se abstuvo de dar su charla previa, y en cambio solo le dio a Pedro una palmada en la espalda con un «esfuézate al máximo» mientras salían todos a la cancha.

—Por supuesto —dijo Pedro airadamente.



El referí tocó el silbato y comenzó el juego. Cris ya estaba en su posición de mediocampista, pero estaba distraído y no sabía muy bien por qué. Alicia estaba en la tribuna observándolo en primera fila, pero saber eso no es lo que lo distraía. Sentía algo raro en el aire.

De pronto, la pelota estaba a sus pies. Cris parpadeó; fue como si su mente empezara lentamente a registrar lo que veían sus ojos. Hizo una movida con el pie, pero la pelota ya no estaba allí, y el público del equipo contrario empezó a ovacionar. El otro equipo había metido un gol. La mirada de reproche de Martínez se cruzó con la de Cris, que solo hizo un ademán de hombros en señal de disculpa.

Con una oración silenciosa, Cris se concentró y con ojos de águila monitoreó las maniobras a su alrededor. De pronto, vio una abertura y aprovechó para correr hacia la pelota.



—¡Esta es mía! —dijo un jugador que le bloqueó el paso. Era Pedro Lozano. Le dio una patada a la pelota y la mandó al arco contrario.

—Tienes que ser más rápido —le dijo triunfante pero mirándolo con malicia.

—Buena jugada, Pedro —dijo Cris, sorprendido de su propia reacción.

—Te haces el vivo ahora, ¿eh?

—No, lo dije en serio.

El silbato sonó otra vez y siguió el juego durante unos diez minutos sin más goles de parte de ninguno de los dos equipos. Pedro Lozano estaba notablemente irritado, y las advertencias de Emilio Martínez de que se «pusieran las pilas» no eran lo que Pedro necesitaba para calmar los ánimos.

—Bueno, ahora sí —dijo Pedro, corriendo hacia la pelota que volaba rápidamente hacia Cris.

*Sé que es posible*, pensó Cris, preparando la pelota. ¿Me arriesgo?

Dando una patada segura, Cris reboleó la pelota que entró raspando por el arco. Se sintió lleno de satisfacción al ver que su equipo lo miraba anonadado y que lo vitoreaban desde la tribuna.

—Suerte de principiante —farfulló Pedro.

—Buena jugada, hijo. Pero no intentes hacer jugadas así muy a menudo —le dijo Martínez—. Dejaste una gran abertura allá atrás.

Cris miró hacia el público. A pesar de la distancia, notó que aunque Alicia lo observaba, se la veía confundida. Se concentró nuevamente en el juego, preguntándose cómo era posible percibir los sentimientos de otra persona, y hasta sus pensamientos, desde tan lejos.

En ese instante, la pelota venía hacia él. Lo alcanzaría a la altura perfecta como para pasársela a Pedro. Pan comido.

¿Lo hago?



Pero repentinamente, al ver que Pedro Lozano corría hacia él, Cris respondió a su propia pregunta volviendo hacia atrás e intentando meter él un gol. Consternado, la pelota fue a parar a los pies de un jugador del otro equipo, y luego de una serie de pases, le hicieron un gol a los de San Agustín.

—¿Qué te pasa, Cruz? —Martínez le gritó entre las quejas de sus compañeros—. ¡Se la serviste en bandeja otra vez! ¿Por qué?

Dejando caer los brazos, Cris dijo:

—No lo sé, señor.

Sonó el silbato, y no pasó mucho tiempo antes de que la pelota llegara

otra vez a Cris, solo que esta vez venía rodando por el césped hacia él. La frenó con el pie y observó el arco. Decidió no intentar convertir esta vez y buscó a Pedro, pero al darse la vuelta, Pedro ya estaba allí quitándole la pelota. Ésta salió volando de entre los pies de Cris, quien perdió el equilibrio y se cayó.

Se levantó y vio cómo Pedro Lozano —que era alentado por el público— salió con euforia, casi bailando entre los intentos de los jugadores contrarios de detenerlo, hasta que se encontró frente al arco contrario. Apuntó con el pie y lanzó la pelota, pero el arquero la atajó y la mandó de una fuerte patada al otro lado de la cancha, donde la recibió el medio-campista contrario y la pateó directo al arco de San Agustín logrando una increíble jugada.

Se terminó el primer tiempo y el Sporting ganaba 3 a 2.



—No te aconsejaría eso si estuviera en tu lugar, Emilio, amigo mío —le dijo Patricio Bravo, mientras él y Martínez se dirigían al vestuario.

—¿Por qué no? —vociferó el enojado entrenador—. ¡Se lo merecen! ¡Arruinaron todo el primer tiempo! ¡Eso hicieron!

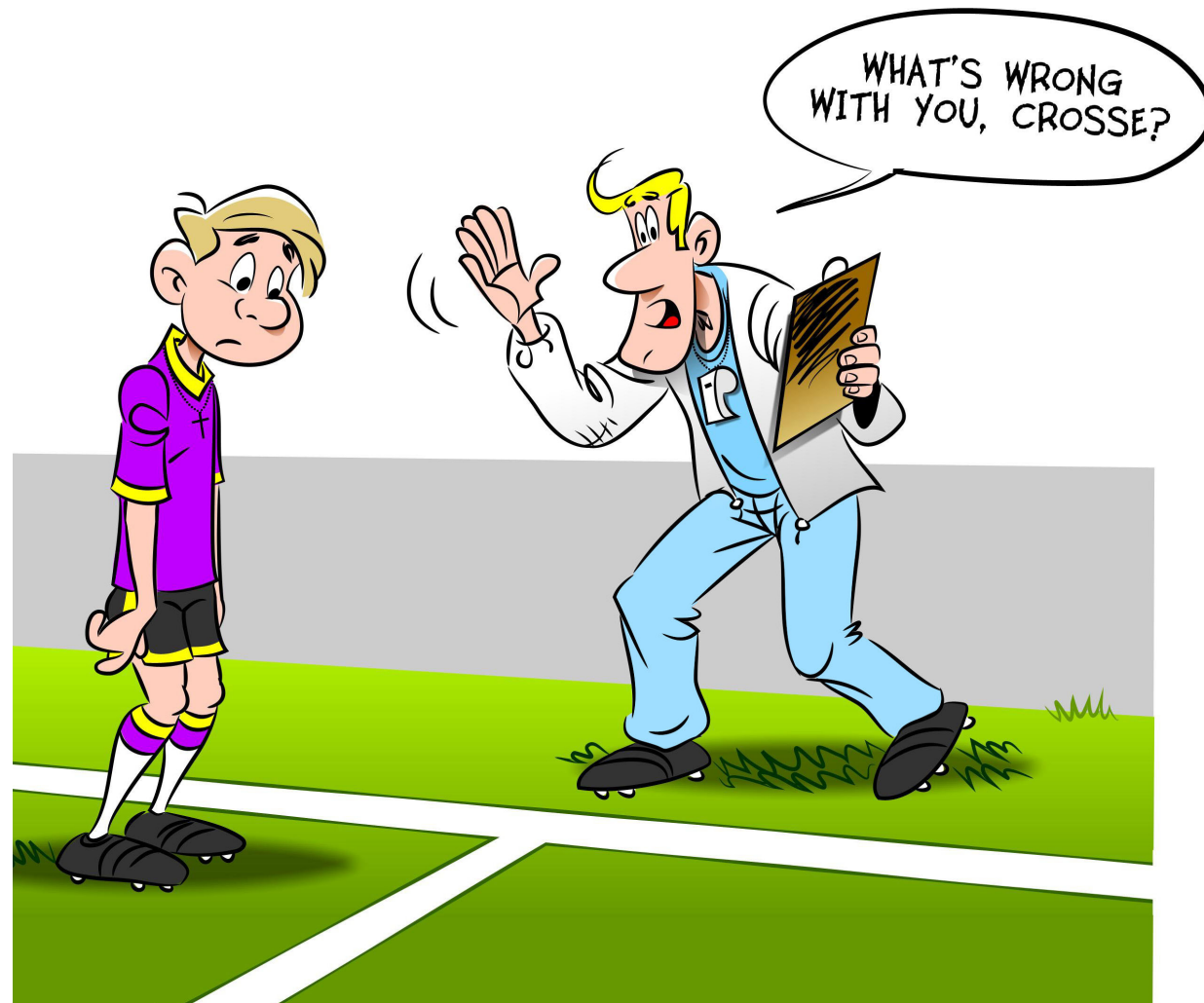
—Sí, pero yo te diría que retarlos delante de los otros sería perjudicial para ellos a estas alturas del partido.

—¿Se te ocurre una mejor idea?

Patricio frunció los labios pensando.

—Algo que haga que se bajen del pedestal sin humillarlos —murmulló—. Déjame ver...

Dentro del vestuario, la humillación de parte de los



punzantes comentarios de sus compañeros ya había empezado para Pedro Lozano y Cristóbal Cruz.

—Nos decepcionaste a todos, Lozano —dijo uno.

—Sí —agregó otro mientras salía del baño—. El próximo Pelé, ¡bah!

—Más vale que no nos convirtamos en el hazmerreír por culpa de ustedes —dijo otro.

—Fue mi culpa tanto como la de Pedro —dijo Cris, para el asombro de Pedro.

—¡Sí, a Cris Cruz se le cruzaron los cables! —se burló uno, provocando la carcajada en todo el equipo.

—Deja de molestar, Connelly —dijo Pedro, mostrándole los puños.

—Es verdad, yo debería haber mantenido mi posición —añadió Cris.

—Es cierto lo que dices, *San Cristóbal* —dijo otro de los muchachos—. Tus faltas no nos sorprenden. Pero *Lozano*... eso sí que fue una decepción.

Cris se encogió de hombros.

—Di lo que quieras, Felipe. Sigo creyendo que Pedro es el mejor delantero que tenemos.

De repente se abrió la puerta de par en par, y entonces Patricio Bravo y...

—¡Alicia! —exclamó Cris.

Uno de los chicos se empezó a reír por lo bajo.

—Este es un vestuario de hombres, cariño. ¡Puede ser peligroso!

Patricio sonrió.

—Ella es muy consciente de los peligros, Connelly. Pero creo que viene para darles algunos consejos para el segundo tiempo.

—¿Y dónde está el entrenador? —preguntó uno de los muchachos.

—Ah, él decidió calmarse un poco y enviar a una corresponsal, su propia hija, para que los... exhortara.

—¡Y qué sabe ella!

Alicia se aclaró la garganta y dijo:

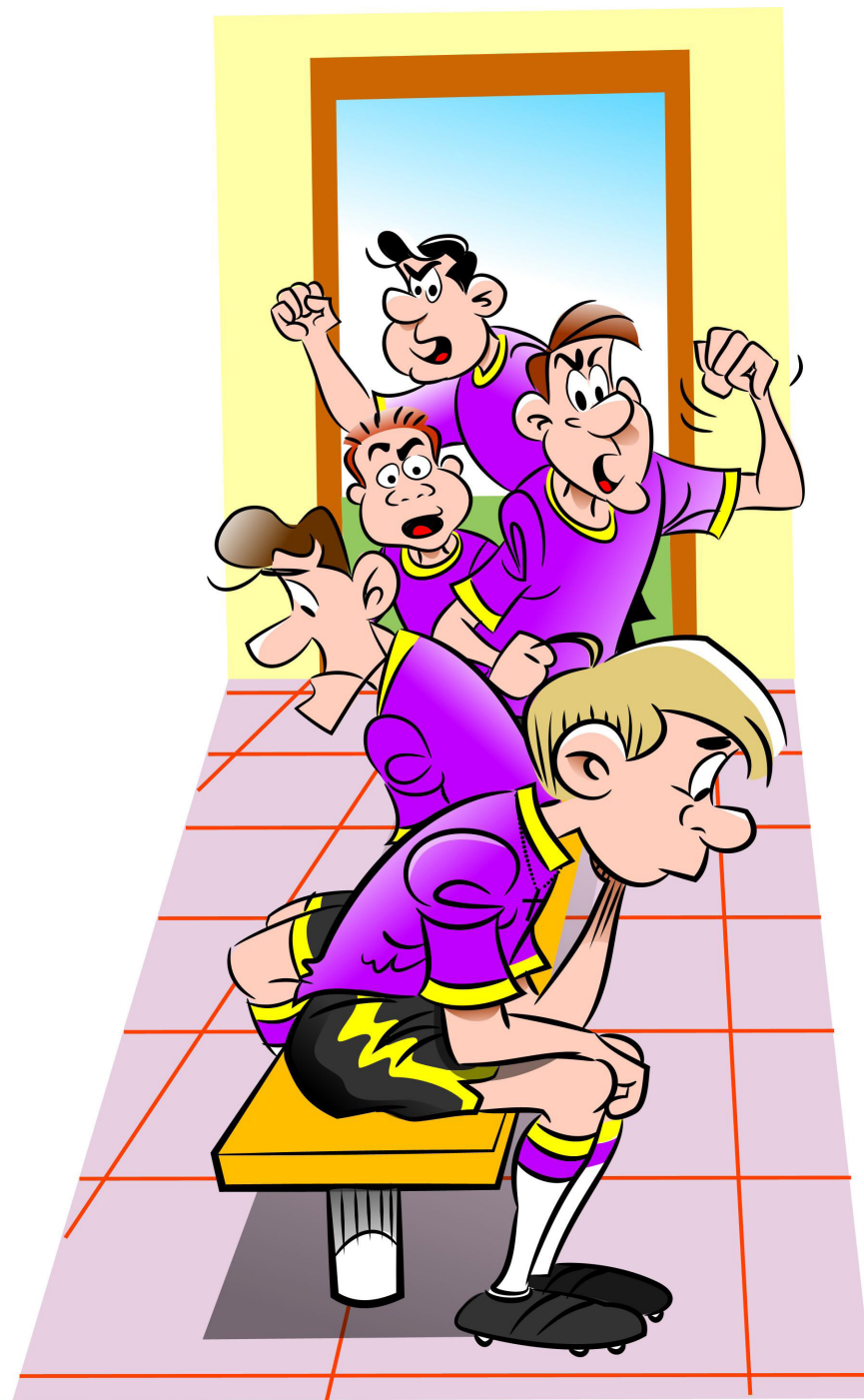
—Nada, Donegan. Al menos no hasta que vi el partido en la semifinal el mes pasado. Sé que no soy una experta en fútbol de ninguna manera, pero sí creo haber aprendido algo sobre el secreto del éxito de un equipo.

Empezaron todos a reírse cuando Pedro Lozano tomó la palabra.

—Escuchen, todos. Tenemos que ponernos las pilas, y no estamos en situación de exigir nada en este momento. Nos vendría bien escuchar sus consejos, ¿no es así, Cris?

Cris asintió con la cabeza.

—Bueno, por lo que a mí respecta —empezó a decir Alicia—, no ser, como dije antes, una fanática del fútbol, no me impidió disfrutar del partido en la semifinal. La pasé bomba, de verdad. Los chicos del Deportivo se portaron como un montón de engreídos, destinados al fracaso desde el comienzo, por lo que no me sorprendió que perdieran. Pero aun si ustedes hubieran perdido, para mí no hubiera habido ninguna diferencia.



—¿Por qué? —preguntó Pedro.

—Porque fue un placer simplemente mirarlos jugar unidos como equipo, buscándose unos a otros. Como si todos tuvieran ojos en la nuca. Y Cristóbal, me encantó la manera en que aprovechabas cada oportunidad para darle a Pedro esos pases increíbles. Te fue muy bien.

—Pero dijiste que si no hubiera sido por Cris, habríamos perdido el partido —dijo Pedro, con cierto desánimo.

Alicia largó una risita.

—Sí, eso dije. Pero fue más bien para equilibrar un poco las cosas, pues toda la gloria y las felicitaciones fueron para ti. Pensé que eso ayudaría a que no se te subiera a la cabeza.

Pedro se sonrojó.

—Bueno, ¿cuál es el punto, entonces?

—Pues, Pedro, hoy no me estaba gustando el juego, y me preguntaba por qué. Llegué a la conclusión de que era porque algunos de ustedes —no voy a dar nombres— estaban tratando de *demonstrar* algo. Faltó ese ingrediente de, cómo decirlo, jugadas *coreográficas* como las del partido anterior.

—Disculpa, mi querida Alicia —se escuchó una risa general—. ¿Estás insinuando que deberíamos hacer un ballet?

—Córtala, Connelly —dijo Pedro—. Yo sé a qué se refiere.

—Yo también —dijo otro chico—. Este juego se está convirtiendo en todo un circo.

—Y nosotros somos los payasos —añadió alguien más.

—Tienes razón, Felipe —siguió diciendo Alicia—. Algunos de ustedes se estaban com-



portando como los del Deportivo. ¡No me sorprende que estén perdiendo!

—Entonces, ¿qué es lo que nos quieres decir? —preguntó Pedro un poco incómodo.

Alicia bajó la cabeza un poco y miró a Patricio.

—Creo que dije mi parte.

—Pero ¿cuál es tu punto?



—Creo que esta linda niña dijo lo necesario como para que ustedes saquen sus propias conclusiones —dijo Patricio—. Para mí quedó claro como el día. Más vale que ustedes se den cuenta rápido, pues tienen que salir a la cancha en dos minutos.

Pedro puso su mano sobre el hombro de Cris.

—Trabajo en equipo —dijo, finalmente, rompiendo el silencio—. No puedo tirar la pelota al arco si mi amigo no me hace el pase.

—Y no se la puedo pasar a él si ustedes no me hacen los pases a mí —dijo Cris, dirigiéndose al resto del equipo.

—Entonces, trabajaremos en equipo, ¿de acuerdo? —dijo Pedro, y el resto del equipo asintió.

—Gracias, Alicia —dijo Cris cuando ella y Patricio se iban del vestuario. Ella sonrió, le sopló un beso, y su corazón dio un vuelco.



—Estuvo bastante difícil la cosa por un momento —dijo Emilio Martínez a Patricio Bravo mientras tomaban su cerveza negra—. ¡Pero luego volvieron a ser aquel equipo que conozco bien! Les ganaron 7 a 3. No sé cómo lo hicieron.

Patricio guiñó el ojo y se dibujó en su cara rosada una sonrisa picaresca.

—Tu hija te sigue los pasos, Emilio.

—¿Y cómo es que llegaste a esa con-



clusión, Pat? No existe ni una pizca de... hmmm... sangre para el deporte en ella. Siempre lamenté que Brígida y yo no tuviéramos un varón —añadió, rezongando—. Después de nacer Alicia hubo complicaciones y Brígida no pudo tener más hijos.

Patricio Bravo no dijo nada y se quedó pensativo, contemplando su jarra de cerveza.

—Pero, ¿a qué te refieres con eso de que «me sigue los pasos»? —preguntó Martínez luego de un silencio.

—Tal vez no en los deportes, claro —dijo Patricio, mientras sorbía un poco de la cremosa espuma—. Pero sí en mantener a un equipo unido. Tiene esa habilidad la niña. Una inspiradora nata, eso es lo que es.

—¿Quién? ¿Mi Alicia?

—Sí. De una manera calmada, sin tanta bravuconada, para cuando terminó su

charla para incentivarlos tuvo a ese equipo de chicos listos para querer ganar. Y no solo con ganas de ganar, sino de trabajar en equipo. Eso es más importante. Cuidar los céntimos, ya sabes.

Emilio asintió asombrado.

—Mi Alicia. Jamás lo hubiera creído.

—Las extrañas maneras de obrar del Todopoderoso —dijo Pat—. Dicho sea de paso, ¿dijiste que siempre quisiste un varón?

—Sí. Y al decir eso no estoy implicando que mi hija no sea un tesoro para mí, para que lo sepas. Es una niña maravillosa, pero...

—Emilio —dijo Patricio, colocando una mano en el hombro, ligeramente borrachín—, hoy ha sido un gran día para tener ideas, gracias al Señor, ¡y tengo otra idea!



Mientras los padres y parientes del equipo de fútbol del San Agustín celebraban en la cafetería, afuera, donde el sol del atardecer bañaba las rústicas paredes marfil del pub, los muchachos estaban sentados alrededor de las mesas de madera mientras tomaban papas fritas y gaseosas.

Cristóbal Cruz era celebrado por sus compañeros, especialmente por Pedro Lozano.

—Sería difícil encontrar un mejor mediocampista —decía cuando Cris miró de reojo a Alicia Martínez, quien lo miraba discretamente desde la otra punta de la mesa. Arriesgándose a que el equipo le tomara el pelo, algo que no sucedió, afortunadamente, Cris se levantó y se dirigió hacia ella.

—Quería agradecerte otra vez por haber sido nuestra, ya sabes, entrenadora, esta tarde —le dijo tímidamente.

—Fue un placer.

—Bien... bueno, entonces...

—Eh, Cristóbal... —dijo Alicia, viendo que Cris se volvía a su asiento sintiéndose un poco incómodo— tú vives en un orfanato, ¿no es así?

—Sí.

—¿El que queda en carretera de Lisboa?

—Ajá.

—Eso queda cerca de mi casa, pero es un poco lejos de aquí.

—Ajá —asintió Cris otra vez—. Me tengo que ir en bus.

—¿Cuándo es tu... —cómo le llaman— *toque de queda*? —preguntó Alicia con una risita.

Cris miró su reloj.

—¡Oh, no! En media hora. Debo irme.

—¡Espera! —dijo Alicia, levantándose de su asiento—. Queda cerca de mi casa. Voy a preguntarle a mi papá. Tal vez te podemos llevar.

Minutos después, Emilio Martínez salió tambaleándose alegremente del pub acompañando



do por su esposa Brígida, una vivaz pelirroja con radiantes ojos verdes y rubicunda.

—No te preocupes —le susurró Alicia a Cris—. Mamá tiene las llaves del auto.

—Escuché eso, Alicia, querida —balbuceó Emilio—. Pero recuerda que yo tengo las llaves de su corazón.

—Espero que podamos dejarte a tiempo, Cristóbal —dijo Brígida al arrancar el auto—. Nos va a tomar al menos veinte minutos llegar allí.

—Está bien, señora Martínez —dijo Cris, sentado en la minivan, extasiado de felicidad por estar viajando junto a Alicia por las calles sinuosas—. Me alegro de no haber tenido que tomar el bus.

—Y dentro de poco, tal vez ya no vayas a tener que tomarlo nunca más —alcanzó a farfullar Emilio.

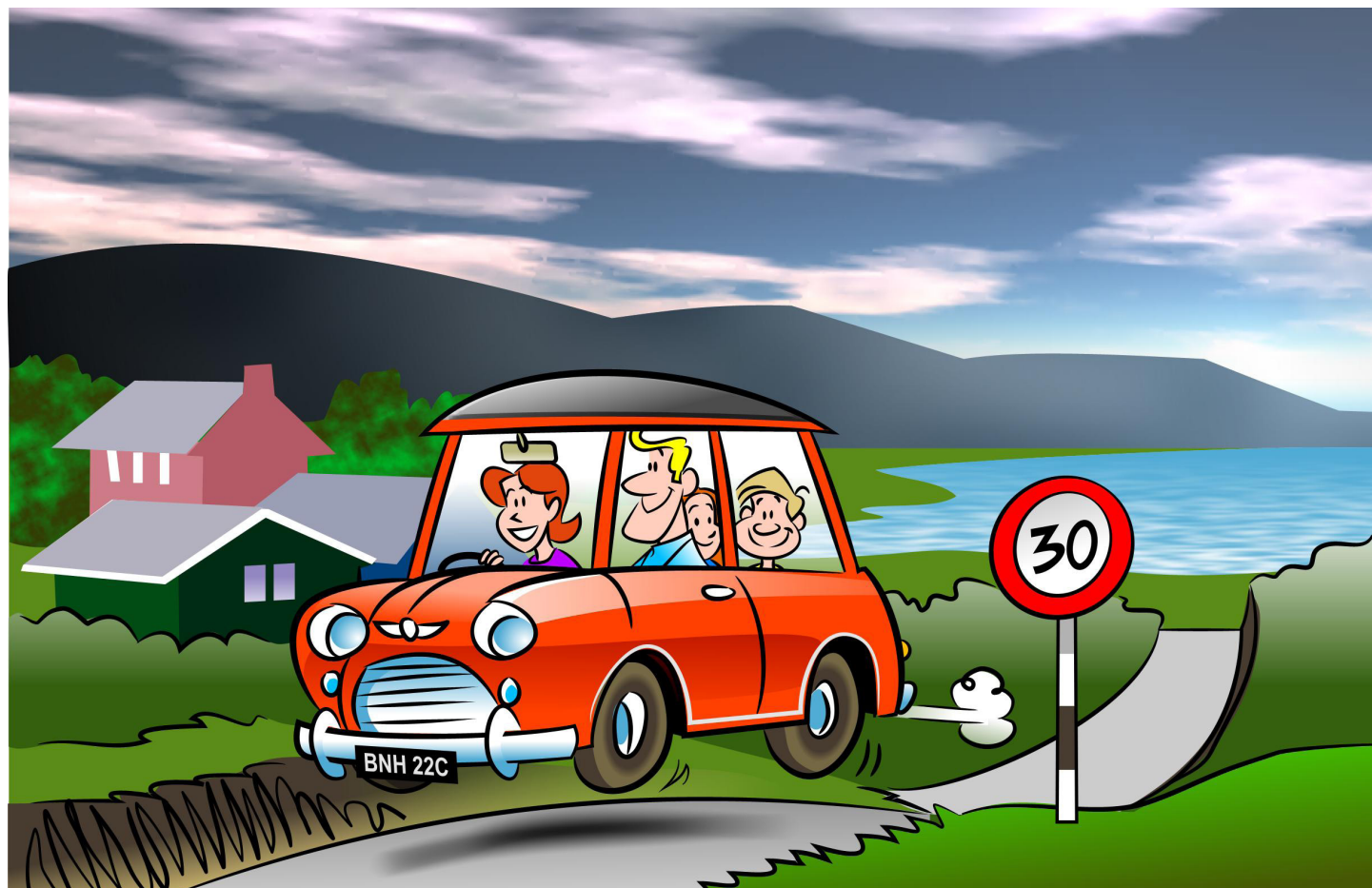
—¡Querido! —protestó Brígida.

—Díselo al muchacho, cariño.

Más vale que lo sepa ahora, si estamos en eso.

Cris miró a Alicia inquisitivamente, y ella le sonrió como sabiendo lo que pasaba.

—Bien, Cristóbal —continuó Brígida—, nosotros... me refiero a



mi esposo, Alicia y yo, nos preguntábamos si te gustaría...

—...conocer mejor a nuestra familia —farfulló otra vez Emilio.

—No tan rápido, cariño, no queremos ponerle presión al muchacho.

A Cris se le iluminó la cara, y Alicia le sonrió mientras le tomaba el brazo.

**FIN**

**Se encuadra en:** Desarrollo personal: Habilidades sociales: Trabajo en equipo-2d

*Texto: Gilbert Fenton. Ilustración: Zeb. Diseño: Roy Evans.*

Publicado por Rincón de las maravillas. © La Familia Internacional, 2020